

Encuentro con un jesuita que hace el papel de bisagra en la selva

La Amazonia no está tan lejos

Sebastián de la Nuez *



Fernando López, un jesuita nacido en Santa Cruz de La Palma (Islas Canarias), estuvo varios días en Caracas. Conoció a los familiares del yukpa Sabino Romero Izarra y supo, de primera mano, sobre la malaria que asola a los yanomami. Él, por su parte, despejó una verdad sin atenuantes: es necesaria la demarcación de los territorios indígenas

Al conocerte no te da la mano sino un abrazo. Habla hasta por los codos, pero todo lo que dice despierta o bien curiosidad o bien inquietud. En especial cuando habla de la Amazonia, su tema favorito. Dice que podría preservarse si las fuerzas sociales luchan, unidas, por la demarcación de las tierras indígenas. ¿Será eso posible? ¿Lo será cuando, desde Caracas, se ignoran o se ven como muy lejanos los problemas propios de los estados Amazonas y Bolívar? Se ignora la malaria, se ignora la injusticia, se ignora el terror impuesto por los garimpeiros que a su vez son chantajeados por miembros del Ejército o de la Guardia Nacional. Todo se ignora en Caracas, demasiado centralizada en sus propias tragedias.

El apostolado de López es itinerante, apasionado y cabezonamente pro amazónico. No es para menos. Ha asistido durante años al lento fusilamiento de la segunda región geopolítica más importante del mundo.

HÁGANLE CASO A ESTE CABALLERO

La itinerancia de López comporta una función de conectividad. Él y otros dos jesuitas forman parte de un grupo de 18 personas –laicos y religiosos– que pertenecen a once instituciones diferentes. Tienen tres bases de operaciones: Manaus, donde se inició la experiencia en 1998; Tabatinga, en el alto río Solimoes (en la triple frontera de Brasil-Perú-Colombia); y Boa Vista, Roraima, en la triple frontera de Brasil-Venezuela-Guyana.

–Cruzamos experiencias y las conectamos unas con otras. De modo que la Iglesia no sólo da institucionalidad (que da estabilidad y continuidad), inserción (que da profundidad y cercanía) sino que también da conectividad. Que es un poco la experiencia de Pablo, quien salía en busca de los gentiles y traía para Pedro las dificultades.

La cotidianidad es, además de recoger información y sistematizarla, acompañar y hacer talleres de formación con los indígenas. Recopilando data se han hecho de una visión muy amplia de la Amazonia, lo cual les sirve para ofrecer conexión entre grupos y situaciones. “Normalmente el aislamiento en el mundo amazónico es muy grande: un río no sabe lo que pasa en el otro río”. De modo que van, preguntan, ven los problemas de un lado y de otro y luego invitan a la gente a sentarse. Así, los problemas comunes son enfrentados en grupo.

La preocupación ha tomado cuerpo. Desde 2005 también se sientan obispos y misioneros para pensar los problemas comunes, partiendo de la triple frontera entre Brasil, Perú y Colombia. En aquel primer encuentro de 2005 se trataron los temas de movilidad humana y tráfico de personas. Se realizó en Tabatinga, ciudad muy cercana a Leticia, que es colombiana. Tabatinga se halla en la orilla del río Amazonas y a ella se puede acceder por vía marítima o aérea. No existe comunicación terrestre con Manaus.

Después, en 2006, la reunión se hizo en la triple frontera Venezuela-Guayana Inglesa-Brasil. Estas reuniones se hacen una vez al año pero en algunos casos se han hecho dos: es el caso de Pando (Bolivia), Madre de Dios (Perú) y Acre (Brasil). Ya en el documento de Aparecida se asienta que las iglesias de la cuenca amazónica se encuentren para pensar en cómo colaborar mejor en los problemas comunes de esta vastedad. El mandato es superar la territorialidad de una diócesis ya que los escollos atraviesan ríos, montañas y selvas; siguen y se expanden. Le decía a Fernando un obispo mexicano que estaba en el lado peruano, en son de guasa: “Recuerden que si ustedes los brasileños no nos ayudan, lo que nosotros meemos aquí ustedes lo beben allá abajo”.

Lo otro que le gusta a Fernando de su trabajo es la cantidad de instituciones originarias de varias partes del mundo que están allí, trabajando como quien dice hombro con hombro. Ninguna podría, sola, meterse en un espacio tan grande y tener éxito en su empresa. Frente a los retos que la Amazonia presenta, los jesuitas han reconocido que ni ellos pueden solos, ni las otras congregaciones, ni ninguna de las ONG que operan por allí podrían hacerlo solas.

—De modo que quedan dos posibilidades: Dios dio la espalda a este gran desafío o nos está pidiendo que trabajemos juntos para llegar a donde solos no podemos.

Se ha puesto en marcha lo que llaman interinstitucionalidad. Ya la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR) está al tanto de esta tarea y ha planteado un seminario en Manaus para 2011 en el que se reunirán los religiosos de la Amazonia para pensar, de cara al inmediato futuro, cuál es la misión de todos y cómo sumar esfuerzos.



—Al final todos estamos al servicio de Cristo.

Las dieciocho personas del equipo del cual López forma parte, repartidas en los tres puntos fronterizos mencionados, también trabajan desde la comunidad hacia lo institucional. Su lógica es, en lo diario y como queda dicho, los talleres; pero esa lógica también incluye servir de bisagra entre comunidades y entes gubernamentales de diverso nivel. Trabajan desde la comunidad hacia lo institucional. “Hay mucha gente que presta el servicio contrario: desde la institución para la comunidad”.

EL EJEMPLO BRASILEÑO

Ha visto Fernando los destrozos que hace la presencia militar mal entendida. Ha visto el abuso sobre las mujeres indígenas, no es que se lo hayan contado. Ha visto que la lógica de la relación que suele instalar lo militar destroza a la comunidad indígena.

—Porque es una lógica de autoridad diferente. No nos cerramos, pero si no nos empapamos muy bien de lo que sucede allá abajo, difícilmente podremos influir en los niveles institucionales para que se orienten y den una respuesta real a las necesidades comunitarias.

En las presentaciones que López hace de su trabajo, pone como ejemplo lo adelantado en Brasil: se ha consagrado, demarcándolo, casi 13 por ciento del territorio brasileño a las comunidades indígenas, que todas juntas no constituyen ni 0,5 por ciento de la población.

—¿Qué pueden aprender los venezolanos de ese proceso?

—Primero: está demostrado que, en la medida en que se demarcan territorios, esas áreas quedan preservadas. Los estudios vía satelital de la Amazonia demuestran que las áreas menos de-

predadas son aquellas demarcadas a favor de los pueblos indígenas.

Lo segundo, una comprensión de que demarcar territorios no significa una amenaza a la seguridad nacional. Es, simplemente, seguir una continuidad milenaria de esos pueblos dando cobertura institucional desde el Estado. Esto, en regiones fronterizas, reviste una especial significación puesto que esas regiones fueron tradicionalmente salvaguardadas por ellos. “El Estado llegó tarde, y cuando llegó, ellos ya estaban allá”.

Esa condición de lo ancestral se nota, en efecto, en zonas fronterizas con indígenas de un mismo pueblo de un lado y de otro. Resulta que siguen atravesando esa frontera y visitándose mutuamente. De modo que el Estado lo que debe hacer es proteger esas áreas, para asegurar que no sean depredadas ni invadidas; pero no *cuidarlas* enquistando cuarteles o destacamentos, sino fortaleciendo a quienes históricamente ocuparon esos espacios.

–Entiendo que en Brasil, en ese proceso de demarcación, jugó un papel importante la cúpula del poder judicial.

–Pero jugó un papel fundamental la gran alianza social en torno a los pueblos indígenas. Si eso no se llega a dar, no se hubiese demarcado ni el trece por ciento ni el Supremo Tribunal Federal hubiese tenido fuerza para doblegar a los otros grandes intereses: minerales, agronegocios, la bancada ruralista del ganado, sectores militares que siguen viendo una amenaza en esta cuestión; y esos otros intereses relacionados con los bolsones de recursos estratégicos que se encuentran en los territorios indígenas.

–Pero esa alianza social la disparó una tragedia (la de La Reposa en Serra do Sol, en 2008, donde murieron 21 indígenas).

–Yo diría así: esa alianza social se consiguió en 1988 cuando sucedió el gran debate en la Constituyente. Allí la Iglesia planteó que había que apoyar los territorios indígenas para que pudieran tener perspectiva de futuro. La alianza se mantuvo con sus altos y bajos. Cuando ocurre el asunto fuerte en 2008, hay toda una activación: se hace un pacto social impresionante con lo medios de comunicación, la Iglesia, la clase media. Todo el mundo estaba claro en que debían demarcarse los territorios indígenas porque eso es beneficio para la nación; no sólo es un problema de justicia social hacia ellos.

En Brasil, agrega, hay una gran conciencia de la importancia de la Amazonia no sólo para la región sino para el planeta. Según López, se ha logrado articular con sentido común la biodiversidad y la noción de pueblo indígena. “Quienes mejor históricamente han sabido cuidar esta relación son ellos”.

Y queda el asunto de qué se hace con los recursos estratégicos que deben ser explotados:

–Muy sencillo: aplicar la Convención 169 de la Organización Internacional del Trabajo donde se establece que, una vez los Estados deciden explotar determinados recursos en esas áreas, deben consultar a las comunidades indígenas para ver la mejor forma de desarrollar el trabajo sin depredar territorios, sin destruir la cultura de los pueblos. Un trabajo donde ellos puedan participar de los beneficios.

LA VOCACIÓN DESCUBIERTA

López llegó a Paraguay en 1985 siendo laico, luego de graduarse de físico en la Universidad de Sevilla. Fue a parar al Paraguay como voluntario, gracias a una organización española. Llegó a la dictadura del general Stroessner en pleno auge represivo y supo que varios jesuitas habían sido apresados, torturados y expulsados por estar envueltos con las comunidades campesinas. Supo de los cientos de campesinos desaparecidos o torturados. Se involucró en los grupos de no violencia activa.

Nunca fue muy condescendiente con las botas. En España se había declarado objetor de conciencia junto a dos de sus hermanos, para no rendir servicio militar. Pero el caso de Fernando fue peor, porque se tuvo que declarar insumiso, lo cual era una especie de herejía ante un gobierno que recién salía del franquismo. Durante diez años no podría volver a España.

En fin, todo esto con un padre militar de carrera y quien, sin embargo, le dio su apoyo sin condiciones. Por otra parte, quien fue su novia de la temprana juventud –sigue siendo un hombre joven, Fernando– lo ayudó en el discernimiento. Ella, porque lo quería, y porque se dio cuenta de que él no estaba hecho para amarrarse a una familia en particular, más bien acicateó sus ganas de hacerse un lugar entre los más necesitados; le dio libertad para encarar su destino. Que es, ni más ni menos, lo que ha hecho.

Desde 1998 tomó como centro de operaciones Manaus y allí está, moviéndose y conectando esfuerzos. Fernando comentó durante su estadía en Caracas, en un pequeño círculo, que no veía en Venezuela la inquietud que debería haber sobre estos temas del medio ambiente y las etnias ancestrales que representan los orígenes. Ojalá su paso haya contribuido a sembrar una preocupación y, a la vez, una esperanza.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.